

Discurso de Pablo ante los ancianos de Éfeso

Hechos 20:17-38

Christian BRIEM

biblicom.org

Índice

1 - Introducción	3
2 - Pablo, su estado de ánimo y su fidelidad en el ministerio (Hec. 20:18-21)	4
3 - La expectativa de sufrimiento. Diferentes formas de ministerio (Hec. 20:22-27)	7
3.1 - Hechos 20:22-24	7
3.2 - Hechos 20:25-27	9
4 - Exhortaciones a los supervisores (Hec. 20:28)	10
5 - Advertencias sobre los peligros de fuera y de dentro (Hec. 20:29-30)	12
5.1 - Una época pasada	13
5.2 - No hay sucesión apostólica	13
5.3 - Anuncio del declive	13
5.4 - Agentes del declive	14
5.5 - Doctrinas malignas que favorecen el declive	15
6 - La palabra de despedida (Hec. 20:31-35)	16
6.1 - Hechos 20:31	16
6.2 - Hechos 20:32	16
6.3 - Hechos 20:33-35	18
7 - La despedida (Hec. 20:36-38)	19

1 - Introducción

«Desde Mileto, mandó llamar a los ancianos de la iglesia en Éfeso» (20:17).

Pablo con sus 8 compañeros, 4 días después de salir de Asos, llegaron a Mileto. Desde allí Pablo llamó a los ancianos de la asamblea en Éfeso. No fue una falta de amor lo que le hizo no pasar por Éfeso. Sintió profundamente que los santos de allí necesitaban palabras de gracia, de consuelo y de advertencia en la situación actual. Y si no podía ir hacia ellos, entonces los hacía venir a él, al menos a sus ancianos. Esta era una forma inusual de hacer las cosas, pero muy feliz. Porque estos ancianos tenían la confianza de la asamblea y la representaban espiritualmente. De hecho, eran los instrumentos adecuados para transmitir lo que escucharon y experimentaron en Mileto. Del resto del capítulo también se desprende que no eran pocos.

Ya se ha hablado bastante de la función de los *ancianos* en el capítulo 14:23. Basta, pues, con señalar que los «ancianos» (griego: *presbyteros*) del versículo 17 son los «supervisores» (griego: *episkopos*) del versículo 28. Se trata de la misma función, como la cristiandad siempre ha convenido.

El discurso del apóstol ante los ancianos de Mileto es un discurso de despedida. Nos han llegado otros 2 grandes discursos de su boca. El primero estaba dirigido a los *judíos* de Antioquía de Pisidia (13:16-41), el segundo a los *gentiles* de Atenas (cap. 18). El tercero nos está dado en nuestro capítulo, y está dirigido a la *asamblea*. Este tercer discurso, en el que habla de sí mismo y de su ministerio, es profundamente conmovedor y, al mismo tiempo, del mayor interés e importancia.

Podemos dividir el discurso del apóstol en 4 partes:

- La primera parte nos da una idea del espíritu y los sentimientos con los que había servido al Señor (v. 19-21).
- La segunda parte expone lo que esperaba en términos de sufrimiento y considera de forma retrospectiva diferentes formas de su ministerio (v. 22-27).
- La tercera parte contiene exhortaciones y advertencias a los ancianos (v. 28-31).
- La cuarta parte nos ofrece las palabras de despedida del apóstol (v. 32-35).

2 - Pablo, su estado de ánimo y su fidelidad en el ministerio (Hec. 20:18-21)

«Cuando llegaron, les dijo: Bien sabéis cómo me he comportado con vosotros todo el tiempo, desde el primer día que puse los pies en Asia, sirviendo al Señor con toda humildad, lágrimas y pruebas que me sobrevinieron por las intrigas de los judíos; sin ocultar nada de cuanto os fuera provechoso, he predicado y he enseñado públicamente y en cada casa; insistiendo ante judíos y griegos sobre el arrepentimiento para con Dios y la fe en nuestro Señor Jesús» (v. 18-21).

Si el apóstol dice algo aquí sobre sí mismo y su ministerio, no es en absoluto para jactarse de ello. Nada estaba tan lejos de él como esto. Cuando se vio obligado a contar a los corintios sus penas y sufrimientos, lo calificó de locura (2 Cor. 11).

Si aquí y en sus Epístolas habla de sí mismo, la razón está mucho más en el hecho de que muchos de los santos eran todavía jóvenes en la fe, y apenas entendían el cristianismo práctico, ni lo que es realmente el ministerio para el Señor. Hasta entonces solo habían conocido las tinieblas del paganismo. Ahora necesitaban estar enseñados sobre el camino del cristiano, y no solo mediante la instrucción oral, sino también con el ejemplo vivo y personal. Recordemos que los primeros cristianos aún no tenían en sus manos el Nuevo Testamento escrito. Por lo tanto, dependían del ministerio oral, y de que la interpretación correcta de todo les era dada por el ejemplo práctico y el modelo de su maestro. Inspirado por el Espíritu Santo, el apóstol pudo decir: «Sed imitadores míos, así como yo lo soy de Cristo» (1 Cor. 11:1).

En primer lugar, comienza hablando de su ministerio: «...sirviendo al Señor». La palabra griega utilizada aquí para «servir» significa “servir como esclavo”. Pablo se consideraba un *esclavo* del Señor; así se consideró siempre. Sometía su voluntad enteramente a la de su divino Señor, y tomaba todas las instrucciones y órdenes solo de él. Su ministerio concernía exclusivamente el *Señor*. Él era tanto el punto de partida como el objetivo de su obra. Dichosos los que pueden decir, como el apóstol, «sirviendo al Señor».

Pero luego sigue un complemento explicativo que es traído por la preposición «con»: «con toda humildad, lágrimas y pruebas». La *humildad* era el carácter principal de su ministerio para el Señor. Ciertamente, solo había uno que había sido «humilde de corazón» y ese era el Señor Jesús (Mat. 11:29). Sin embargo, «toda humildad» se encontraba también en su devoto siervo. La grandeza especial de este hombre

residía en su humildad. Es un modelo que todos los siervos del Señor deben emular –en aquella época como ahora. Qué fácil es pensar de nosotros mismos como algo bueno, cuando, sin embargo, todo proviene de la gracia de Aquel a quien servimos. ¡Qué apropiado e indispensable es que la humildad acompañe nuestro servicio!

Y así el apóstol Pablo recuerda sus *lágrimas*, lágrimas que se mezclaban con su ministerio. Puede sorprendernos que el apóstol lllore, e incluso lo repita (20:31). Sin embargo, no tenía nada de blando en él. ¿Por qué lloró? Hay varias razones.

Hacia el final de su discurso vuelve a las lágrimas: «Velad, recordando que durante tres años no cesé de amonestar con *lágrimas* día y noche a cada uno [de vosotros]» (20:31). Aquí sus lágrimas eran la expresión de toda la ternura y gravedad con que exhortaba a los discípulos, pensando en los peligros que los amenazaban. En Corinto era diferente. Fue a causa del estado carnal de los corintios que escribió su Primera Epístola a sus queridos amigos, con muchas lágrimas, en gran aflicción y con el corazón apretado (2 Cor. 2:4). Era un amor desbordante por ellos que le hacía llorar por ellos.

Por otro lado, lo que llenaba de dolor al apóstol; era ver cómo muchos se alejaban del Señor Jesús. Solo “llorando” podía hablar de ellos como enemigos de la cruz de Cristo (Fil. 3:18). En mayor medida, fue una «gran tristeza e incesante dolor» en su corazón lo que sentía por sus hermanos y parientes según la carne (Rom. 9:1-3), porque rechazaban al Señor, el Cristo de Dios. Los amaba tanto que quería haber sido separado de Cristo por anatema a causa de ellos. No era cuando sufría o estaba enfermo cuando derramaba lágrimas. Las lágrimas se escapaban de su corazón en el servicio para el Señor solo cuando veía cómo la gente rehusaba y rechazaba al Salvador de los pecadores. Este tipo de lágrimas eran las del Señor Jesús cuando *lloraba* sobre la ciudad de Jerusalén a causa de su endurecimiento (Lucas 19:41-42).

En tercer lugar, el apóstol menciona las *pruebas* que le llegaban a través de las trampas de los judíos, y que eran una fuente continua de angustia para él. Desde el principio de su ministerio, apenas se había convertido, «los judíos se pusieron de acuerdo para matarlo» (Hec. 9:23). Estos ataques y persecuciones recorren todo el relato de Lucas sobre el ministerio y la vida del apóstol desde su experiencia en Damasco.

Algunos pasajes de sus Epístolas muestran con qué dolor experimentó la persecución. Les recuerda a los jóvenes creyentes de Tesalónica que, antes de llegar hasta ellos, él y Silas habían sufrido y sido insultados en Filipos (1 Tes. 2:2). Un poco más adelante en esta Epístola, señala que «los judíos... nos expulsaron... no agradan a Dios y se oponen a todos los hombres, impidiéndonos hablar a los gentiles para que

se salven» (1 Tes. 2:15-16). Y qué llamativa es su petición a los hermanos de Roma para que luchen con él en las oraciones a Dios por él «para que yo sea liberado de los incrédulos que están en Judea» (Rom. 15:30-31).

En cuanto a su *fidelidad* en el servicio para el Señor, el apóstol podía recordar a los ancianos que no había ocultado nada de las cosas provechosas, habiéndolas predicado y enseñado públicamente y en las casas (Hec. 20:20). En estos versículos 20 y 21 nombra en conjunto 3 *puntos* que atestiguan su fidelidad.

El **primer punto** habla de la amplitud de su corazón y de que no había *retenido* u *ocultado* nada que les fuera útil, y que les había dicho todo. En el texto griego, la palabra utilizada para “ocultar, retener” significa “retroceder con cobardía, temer con cobardía, retener detrás de la montaña”. Puede ocurrir fácilmente que reten-gamos cosas desagradables en la predicación. Por ejemplo, naturalmente tenemos temor de señalar las consecuencias desafortunadas de la desobediencia. Este no fue el caso del apóstol. Su único motivo, su firme objetivo, era no ocultar nada útil a sus oyentes. Nunca había buscado no estar implicado, nunca había considerado su reputación. Si alguna de las cosas de Dios era útil para sus oyentes, la había *predicado* y *enseñado*. Predicar es más bien dar a conocer; enseñar es más bien una explicación, una iniciación a la coherencia interior.

El **segundo punto** nos informa sobre la forma de predicar y enseñar de Pablo: «... públicamente y en cada casa». No se limitaba a predicar en público, sino que también entraba en las casas para hablar con los individuos. Precisamente el servicio en las casas es de extraordinaria importancia, y no es raro que tenga más éxito que los discursos públicos.

El **tercer punto** indica los *elementos del comienzo* del Evangelio y su predicación: «Insistiendo ante judíos y griegos sobre el arrepentimiento para con Dios y la fe en nuestro Señor Jesús (20:21). Obsérvese en primer lugar el orden de las cosas en la predicación, que ya hemos encontrado muchas veces en este libro. La fidelidad a la Palabra de Dios (Rom. 1:16) y la costumbre de Pablo orientaban su testimonio primero hacia los *judíos* y luego a los *gentiles*: «... ante judíos y griegos».

Cuando un hombre quiere llegar a Dios, el único camino posible es el del *arrepentimiento* y la *fe*. La palabra griega para “arrepentimiento” significa literalmente “el sentimiento de después”. Por lo tanto, se trata de un *cambio* fundamental de *sentimiento* y, al mismo tiempo, de un cambio en toda la vida, y no solo de un arrepentimiento por las cosas malas que uno ha hecho. Este cambio de sentimiento o arrepentimiento va acompañado de *tristeza* según Dios, como muestra 2 Corintios

7:10. El arrepentimiento es un juicio de uno mismo ante Dios. Está ligado, repetimos, a una profunda tristeza de alma, e implica tanto apartarse del pecado como volverse hacia Dios con fe. El arrepentimiento no es solo un cambio de sentimiento, sino ponerse del lado de Dios contra uno mismo, y esto no es algo fácil de hacer.

Así como no hay arrepentimiento genuino sin fe, tampoco hay fe sin arrepentimiento. Las 2 cosas siempre van juntas. Esto también está apoyado en el hecho de que en el texto griego hay un artículo común antes de las palabras *arrepentimiento* y *fe*. Con ello, estas 2 virtudes morales están reunidas en una unidad: una implica a la otra.

Sin embargo, ¿cómo se producen? Única y exclusivamente por el *Espíritu Santo* que pone la Palabra de Dios ante el alma, y la familiariza con la santidad y el amor de Dios. Así pues, puede decirse en resumen que el arrepentimiento y la fe son el resultado de la revelación de Dios al hombre; el arrepentimiento se dirige a Dios, mientras que la fe se apoya en nuestro Señor Jesucristo, en su Persona y en su obra expiatoria. Cuando hay un verdadero arrepentimiento en la presencia de Dios y en la consideración de quién y qué es él, entonces el corazón se llena de paz y gozo a través de la fe en nuestro Señor Jesucristo.

¡Maravillosos caminos de la gracia de Dios!

3 - La expectativa de sufrimiento. Diferentes formas de ministerio (Hec. 20:22-27)

3.1 - Hechos 20:22-24

Tras hablar del pasado, pasa a hablar del presente y del futuro.

«Ahora, atado en mi espíritu, voy a Jerusalén, sin saber las cosas que me han de suceder allí; salvo que el Espíritu Santo testifica en cada ciudad, diciéndome que cadenas y aflicciones me esperan. Pero ningún caso hago de mi vida, ni la tengo por valiosa, con tal de que acabe mi carrera y el servicio que recibí del Señor Jesús: anunciar el evangelio de la gracia de Dios» (20:22-24).

Los ancianos sabían que el apóstol estaba de camino hacia Jerusalén. Pero ahora les hace saber que estaba recorriendo ese camino como alguien atado en su espíritu. Atado es un participio perfecto que da el siguiente significado: había estado atado

y ahora estaba atado. Así que Pablo se consideraba como atado en su espíritu. En su interior, se veía obligado a seguir su camino, sea cual sea el resultado. Esta no era una decisión de su propia voluntad que podría haber cambiado en cualquier momento. No, “atado” indica una autoridad superior, que lo había llevado hasta allí, y que ahora lo obligaba a ir a Jerusalén –una autoridad a la que había subordinado toda su vida.

Pablo confiesa que no sabía lo que iba a encontrar allí. Pero el Espíritu Santo le daba testimonio de ciudad en ciudad que le esperaban ataduras (la prisión) y la tribulación (opresión por todos lados). Así que iba con los ojos abiertos para afrontar las angustias y los peligros que se avecinaban, aunque no conociera la forma en detalle. El hecho de que el Espíritu Santo le advirtiera de ello con antelación deja claro que era Él quien realmente le “enlazaba” a ir a Jerusalén. Era la voluntad divina que soportara estas cosas. ¿Y no había demostrado su Maestro que sufrir en un mundo de pecado y miseria sirve para glorificar a Dios? Así que la perspectiva del sufrimiento e incluso de la muerte, no podía sacudirlo ni un momento. Su corazón estaba dirigido hacia la gloria de Cristo y en la voluntad de Dios, y esto le daba una confianza inquebrantable en las indicaciones divinas.

En efecto, la mano de Dios estaba en todo. Pensemos en las «cadenas» y «aflicciones» que el apóstol soportó después. ¿No fueron precisamente la ocasión para que escribiera sus Epístolas más profundas –comunicaciones que arrojan la luz más brillante sobre las cosas y las relaciones celestiales?

Cuando Pablo habla de no hacer cuentas con su vida, ni de tenerla como algo valioso para sí mismo, no quiere expresar en absoluto que no le interesara la vida, sino que el servicio que el Señor le había encomendado superaba cualquier interés egoísta que pudiera tener en esta vida. ¡Qué extrema devoción muestra esto hacia el servicio que se le había confiado y hacia Aquel de quien lo había recibido! Sí, estaba dispuesto a completar la carrera y, por tanto, a completar también el servicio que había recibido del Señor. En cuanto a la forma de hacerlo, lo dejaba todo en manos de su Maestro.

¿En qué consistió su ministerio? En total, nombra **3 direcciones** o áreas principales. Se trataba primero de «anunciar el **evangelio de la gracia** de Dios» (Hec. 20:24). Preciosa designación: ¡«el evangelio de la gracia de Dios»! Este Evangelio, la Buena Nueva, era una expresión de la gracia de Dios –una gracia que entregó a su Hijo por los pecadores, y lo resucitó de entre los muertos para la justificación de los que creen, y lo hizo sentar a su derecha. Este testimonio del Evangelio, del que había hablado antes: era un testimonio tanto para los judíos como para los gentiles al

«arrepentimiento para con Dios y la fe en nuestro Señor Jesús» (20:21).

3.2 - Hechos 20:25-27

Los 2 versículos siguientes muestran otras 2 formas de ministerio:

«Ahora sé que ninguno de vosotros todos, entre quienes he pasado predicando el reino de Dios, verá más mi rostro. Por lo cual os testifico, en el día de hoy, que estoy limpio de la sangre de todos; porque sin vacilar os he declarado todo el consejo de Dios» (20:25-27).

Entonces (como una segunda forma de ministerio) el apóstol también les había **predicado el reino**, no «a todos», sino «a todos (vosotros)» (20:25), es decir, a los discípulos. Este es un pensamiento diferente al del Evangelio, aunque está estrechamente relacionado con él. Pablo y los otros apóstoles en el libro de los Hechos hablaron del reino en 2 direcciones diferentes: el aspecto presente y el aspecto futuro. Por un lado, se trata del reino como *ámbito de la autoridad de Dios*, bajo el cual los creyentes ya se han puesto hoy al aceptar al Señor Jesús. Por desgracia, este lado es poco comprendido por muchos de los hijos de Dios, y a menudo incluso se ignora por completo. El otro lado se trata del reino que un día será establecido *con poder y gloria* por el Hijo del hombre glorificado –por aquel que una vez se humilló hasta la muerte de la cruz. Cuando Cristo aparezca en su gloria, será el triunfo glorioso de la justicia de Dios. Este aspecto del reino puede llenarnos ya hoy de consuelo y gozo.

Como tercera vía de su ministerio, les había anunciado **todo el consejo de Dios** (20:27). No había puesto ninguna reserva en hacerlo, a pesar de toda la hostilidad de los judíos que ello conllevaba. El consejo de Dios no puede ser separado del Evangelio de la gracia de Dios, pero va mucho más allá. El siguiente pasaje de la Epístola a los Efesios describe este consejo con precisión divina: «...Dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, que se propuso en sí mismo, para la administración de la plenitud de los tiempos, de reunir todas las cosas en Cristo, las que están en los cielos como las que están en la tierra; en él, en quien también fuimos hechos herederos, predestinados según el propósito del que todo lo hace conforme al consejo de su voluntad; a fin de que fuésemos para la alabanza de su gloria, nosotros que previamente hemos esperado en Cristo» (Efe 1:9-12).

La convicción del apóstol de que todos ellos, entre los que había servido, no verían más su rostro, daba a sus palabras una profunda solemnidad y una intimidad

conmovedora: un padre espiritual se despedía de sus hijos espirituales.

Además, se veía a sí mismo como limpio de la sangre de todos en esa región, debido a su predicación de la verdad (comp. 18:6). La «sangre» es una expresión conmovedora y emocionante de la culpa sobre la cual pesa la muerte, incluso de la segunda muerte aquí. Cuando los habitantes de esta región estén un día ante el gran trono blanco, ninguno de ellos podrá señalar a Pablo y afirmar que la culpa fue suya. Pablo era puro de este terrible reproche. ¿Acaso esta solemne línea de pensamiento no habla también a nuestros corazones y conciencias?

4 - Exhortaciones a los supervisores (Hec. 20:28)

«Cuidad por vosotros mismos y por todo el rebaño sobre el que el Espíritu Santo os ha puesto por supervisores, para pastorear la iglesia de Dios, la que adquirió con su propia sangre» (20:28).

Solo después de haber dado cuenta de sí mismo y de su servicio (o ministerio) ante los ancianos, que el apóstol pasa a hablar de su servicio y responsabilidad. Había y hay un «rebaño», y hay que *vigilarlo* y *custodiarlo*.

Para describir la *Asamblea de Dios*, Pablo utiliza la conmovedora imagen de un *rebaño*. El Señor Jesús también utilizó esta imagen, por ejemplo, cuando habló de sí mismo como el «Buen Pastor» que da su vida por sus ovejas (Juan 10:11). También es el «Pastor y Guardián» de nuestras almas (1 Pe. 2:25), así como el «Pastor supremo» (1 Pe. 5:4) y el «gran Pastor» de las ovejas (Hebr. 13:20). En Lucas 12, el Señor se refiere a sus discípulos como «rebaño», cuando les habla de forma tan reconfortante: «No temas, pequeño rebaño, porque le ha agradado a vuestro Padre daros el reino» (Lucas 12:32). Por último, 1 Pedro 5:2 habla de *pastorear el rebaño* de Dios y *velar* por él.

Antes de entrar en este tema de la supervisar y el pastorear, queremos echar un vistazo a los hombres a los que han sido confiados estos servicios. Pablo se dirige a los *ancianos* de Éfeso (20:17). Aquí los llama «supervisores». Los «ancianos» y los «supervisores» son, por tanto, las mismas personas, y es la misma función. Lo vemos también en la Epístola a Tito. Después de que Pablo haya ordenado a su colaborador en la obra que establezca *ancianos* en cada ciudad (Tito 1:5), le dice qué cualidades se requieren para los *supervisores* (Tito 1:7-9). El término «anciano» caracteriza más a la persona, y «supervisor» más la actividad encomendada. Pero

no se trata de personalidades diferentes en absoluto, ni de funciones diferentes.

Ciertamente, los ancianos debían ocuparse de *todo el rebaño*, como se dice expresamente, pero, sin embargo, esto se limitaba al lugar o asamblea donde vivían. El ámbito de la misión de los ancianos no iba más allá de la asamblea local para la que habían sido elegidos. El anciano era anciano solo en la asamblea local donde servía. Esto contrasta totalmente con los dones, que se dan globalmente a todo el Cuerpo (Efe. 4:11-13). Pero aquí no se trata de los dones espirituales de la gracia, sino de la función y misión de un supervisor (o anciano).

En cuanto a la cuestión de *quién* establecía a los ancianos para su cargo, no era la asamblea la que elegía, sino los *apóstoles*. Los ancianos eran nombrados únicamente por la autoridad apostólica, ya sea por los propios apóstoles o por sus delegados (Tito 1:5). Pero en nuestro texto se dice que fue el *Espíritu Santo* quien había establecido a los ancianos de Éfeso en el rebaño como supervisores. De este modo, el Espíritu Santo daba su aprobación a la acción apostólica (en relación con el establecimiento de ancianos) y la acompañaba. Es un proceso extraordinario.

Aunque hoy en día no hay ancianos ordenados, ni supervisores acreditados por el Espíritu Santo, sigue siendo nuestro privilegio aprender y beneficiarnos de lo que se dice sobre ellos y su servicio. Pero hay más: siempre podemos confiar en Dios, también en materia de ancianos. Él también ha provisto para nuestros días, y da ancianos en un sentido más amplio: no ancianos ordenados, sino hombres maduros y mayores que sirven como ancianos. No están designados, pero se encargan de la supervisión de los creyentes donde están.

En cuanto al servicio y la responsabilidad de los supervisores ahora, primero deben cuidar *de sí mismos* (Hec. 20:28). También es necesario para nosotros comenzar por ahí. Si uno debe velar por los demás, primero debe velar por sí mismo. Primero debemos ser puros nosotros mismos antes de tratar de llevar a otros a la pureza. Primero debemos ser enseñados por Dios nosotros mismos, antes de tratar de enseñar a otros. Primero debemos estar cerca de Dios, antes de intentar acercar a los demás. En este sentido, no hay nada más peligroso que preocuparse por la condición y los modos de los demás cuando, al mismo tiempo, la despreocupación y la indiferencia caracterizan nuestro comportamiento. Más tarde, Pablo advirtió a su hijo Timoteo: «Vela por ti mismo y por la enseñanza» (1 Tim. 4:16).

La palabra griega para “vigilar” tiene un amplio alcance: “fijar la mirada en, estar atento a, prestar atención a, preocuparse de, cuidar de, atender a”. Si se trata de cuidar de nosotros mismos personalmente, significa que prestamos atención primero

a los motivos de nuestras acciones, y luego a todo nuestro comportamiento práctico. Cuando se trata de cuidar el rebaño, se trata más bien de prestar atención a la prosperidad espiritual y a la preservación de los hijos de Dios: cuidarlos, velar por ellos.

Queda por ver que Pablo insta a los supervisores a tener en cuenta todo el rebaño. Él vincula a cada oveja individual a los corazones de estos hombres. Un buen pastor no conoce preferencias por individuos particulares, ama a todas las ovejas, especialmente a las débiles y necesitadas.

Y luego se trata de *pastorear* la Asamblea de Dios. “Pastorear” va más allá de “velar”. La palabra griega deriva directamente de la palabra “pastor” y significa “ser pastor, cuidar como un pastor”. Esto describe toda la tarea de un pastor: “alimentar, pastorear, cuidar, guiar, proteger”. ¡Qué conmovedor “ramillete” de actividades y servicios que se apoyan en el pastor y tienen como meta la *Asamblea de Dios*!

El extraordinario valor de la Asamblea para el corazón de Dios se desprende de la siguiente sorprendente proposición: «...Que adquirió con su propia sangre» (20:28). Este es el alto precio que Dios pagó para adquirir la Asamblea: la sangre *de su propio* [Hijo], Jesucristo. Si esto muestra el verdadero valor de la Asamblea para Dios, ¿no debería todo pastor (o supervisor) estar animado, lleno de esta misma estimación? La Asamblea que Dios ha confiado a su cuidado le ha costado la sangre de su Hijo. ¿Puede ser indiferente al trato que recibe la Asamblea por la que pagó un precio tan alto? Seamos todos más conscientes de que Dios aprecia su valor. Entonces pensaríamos con dedicación en actuar solo para el bien y por amor a los que forman la Asamblea de Dios. Recordemos siempre que la Asamblea pertenece a Dios y no a nadie más.

5 - Advertencias sobre los peligros de fuera y de dentro (Hec. 20:29-30)

Los 2 versículos siguientes dan la *razón* de la exhortación a los supervisores, y muestran por qué es tan necesario que velen por sí mismos y por todo el rebaño.

«Yo sé que después de mi partida entrarán entre vosotros lobos voraces, que no perdonarán el rebaño. Y de entre vosotros mismos se levantarán hombres hablando cosas perversas, con el fin de arrastrar a los discípulos tras de sí» (20:29-30).

Antes de analizar en detalle los peligros contra los que advierte el apóstol, hagamos primero algunas observaciones básicas.

5.1 - Una época pasada

En primer lugar, deducimos de las palabras del apóstol que consideraba que su ministerio entre estos creyentes había *terminado*. Ya no verían su rostro. Con esta despedida se acaba toda una época de presencia y actividad apostólica en la Asamblea. Hasta entonces, Pablo había servido y cuidado de las asambleas, preservándolas del peligro en la medida de lo posible. El poder espiritual que había en él para promover el bien y frenar el mal era muy grande. Pero ahora se abre una nueva era, la de la responsabilidad de los creyentes individualmente. Ahora tenían la obligación de ocuparse de sí mismos en cierta medida, y de ocuparse ellos mismos de los problemas y dificultades que surgirían. Esto muestra claramente la importancia del servicio y del trabajo de los ancianos en este nuevo período. A partir de entonces, la responsabilidad recaía especialmente en ellos. Seguimos viviendo en este tiempo post-apostólico. Por eso, las enseñanzas que se dan aquí son de gran importancia también para nosotros.

5.2 - No hay sucesión apostólica

Esto nos lleva a otro punto: el apóstol habla efectivamente de su partida, pero no sugiere en absoluto un sucesor. Ni aquí ni en ningún otro lugar de la Palabra, habla de una sucesión apostólica. Al contrario. Tras él vendrían malos obreros que no perdonarían el rebaño, y que introducirían errores corruptores de todo tipo. Ante los peligros que amenazaban, encomendaba a los santos, no a ningún sucesor, sino a Dios y a la Palabra de su gracia (20:32).

5.3 - Anuncio del declive

De lo que se acaba de decir se desprende una conclusión, una regla humillante se desprende: todo lo que Dios ha confiado al cuidado y administración del hombre, el hombre siempre lo ha echado a perder. Ya sea en los primeros días de la humanidad en el Jardín del Edén, o con el pueblo de Israel probado por Dios en los tiempos del Antiguo Testamento, el hombre siempre ha fallado y se ha rebelado contra Dios. Y

cuando Dios comenzó una nueva obra en el cristianismo, aparecieron los mismos resultados malignos. Los hombres sueñan con la conquista del mundo un día con el Evangelio. Pero el Espíritu Santo nos enseña otra cosa. Las palabras del apóstol ante los ancianos de Éfeso lo atestiguan. No habla de una progresión, sino de un *declive* del testimonio cristiano.

El Señor Jesús, por dar solo *un* ejemplo, ya había mostrado en la parábola de la cizaña en el campo (Mat. 13:24ss.) que el reino de los cielos empezaría bien (con «buena semilla»), pero que el adversario se aprovecharía de la inadvertencia del hombre, y sembraría enseguida «cizaña entre el trigo». La cizaña permanecería junto al trigo; una separación, un arranque de la cizaña, solo tendría lugar en el momento de la cosecha, cuando el Hijo del hombre eliminara en juicio todas las ofensas de su reino. Esto es lo que aprendemos también aquí: el cristianismo, como testimonio externo, fue echada a perder desde el principio, y ahora está caracterizada por la coexistencia del bien y del mal. Esto sigue ocurriendo hoy en día con el «trigo». ¿Qué cristiano recto podría negar la resistencia de los profesos sin vida contra la voluntad del Señor? Este espíritu de rebeldía marca la cristiandad con su sello. No nos dirigimos a una restauración del estado original, sino al juicio del Señor sobre toda impiedad.

Las Epístolas del Nuevo Testamento pintan el mismo triste panorama. Echemos un vistazo rápido. Ya en una de sus primeras epístolas, el apóstol les dice a los jóvenes creyentes de Tesalónica que un día llegaría la apostasía, y que se revelaría el hombre de pecado (el anticristo) (2 Tes. 2:3, 4). El pasaje de 1 Timoteo 4 no va tan lejos, pero el Espíritu afirma expresamente que «en los últimos tiempos algunos se apartarán de la fe, prestando atención a espíritus engañosos y a enseñanzas de demonios» (v. 1). La Segunda Epístola a Timoteo nos devuelve a esto en los «últimos días». Habrá «tiempos difíciles» en los que los hombres tendrán apariencia de piedad, pero habrán negado su poder (2 Tim. 3:1-5). En su Segunda Epístola, Pedro también nos dice que en los «últimos días» vendrán burlones y preguntarán con sorna: «¿Dónde está la promesa de su advenimiento?» (2 Pe. 3:3-4). En cuanto a la Epístola de Judas, que también nos lleva a los días del fin, pronto hablaremos de ella específicamente.

5.4 - Agentes del declive

En lo que concierne ahora a los *agentes* utilizados por Satanás, Pablo señala 2 grupos de obreros del mal. Se dice que un grupo viene de fuera, «lobos voraces, que no perdonarán el rebaño» (20:29). La expresión «lobos voraces» indica una violencia ejercida por estos hombres para lograr su objetivo, de devorar la Asamblea. Judas

también habla en su Epístola de que «han entrado con disimulo ciertos hombres». Participan en los agapes de los creyentes, «festejan y se apacientan a sí mismos sin temor» (Judas 4, 12). Y qué acertada es la frase que añade el escritor: «¡halagando a las personas por interés! (Judas 16). ¡Qué actitud tan malvada y abominable: sacar provecho para uno mismo del rebaño con motivos egoístas!

El segundo grupo es aún más reprochable, porque es más peligroso. Aquí se trata de personas de entre los ancianos, que proclamarán doctrinas perversas para atraer a los discípulos tras ellos. Su intención declarada es crear escisiones, y establecerse al frente de los partidos. No se trata solo de atraer a «algunos» discípulos, sino de atraer a «los» discípulos, como se dice expresamente. Todo *el conjunto* de los discípulos, *todos* los discípulos, los discípulos *como tales*, es el objetivo de los esfuerzos corruptores de esta gente.

5.5 - Doctrinas malignas que favorecen el declive

¿Y qué *medios* utilizarían para lograr su objetivo? Proclamarían «cosas perversas». ¡Qué solemne es esto! Las doctrinas perversas son doctrinas y enseñanzas que contradicen la Palabra de Dios y alejan de Cristo. Esta gente reemplazaría la verdad de Dios por el error, y al Señor Jesús por ellos mismos. ¡Qué afirmación tan monstruosa! Pero, ¿no nos enseña todo esto lo extraordinariamente importante que es para los hijos de Dios de todos los tiempos estar familiarizados con la Sagrada Escritura, e inclinarse con humildad y obediencia ante el Señor y su Palabra? Solo con el «está escrito» podemos resistir a Satanás y afrontar los peligros que nos amenazan.

Un ejemplo que sirve de advertencia contra estos falsos maestros lo proporciona Pablo en su última Epístola. Después de advertir a Timoteo contra «las profanas y vanas charlas; porque los que se dan a ellas conducirán más y más a la impiedad; y su palabra se extenderá como gangrena» añade: «De los que son Himeneo y Fileto, los cuales se desviaron de la verdad, diciendo que la resurrección ya tuvo lugar, y trastornan la fe de algunos» (2 Tim. 2:16-18). Aquí vemos las consecuencias fatales de la falsa doctrina. Quien la escuche, su fe (o el contenido de su fe) será destruida.

Teniendo en cuenta el tipo de amenazas a las que también está expuesto el rebaño hoy en día, ¿no podemos entender que el apóstol siga lanzando serias advertencias en la última sección de su discurso?

6 - La palabra de despedida (Hec. 20:31-35)

Encomendado a Dios y a la Palabra de su gracia (Hec. 20:31-32)

«Por tanto, velad, recordando que durante tres años no cesé de amonestar con lágrimas día y noche a cada uno. Ahora os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia, la cual es poderosa para edificaros y daros herencia entre todos los santificados» (20:31-32).

6.1 - Hechos 20:31

La exhortación a los ancianos es muy breve, pero muy poderosa: «velad», “velen constantemente”, según el significado de la forma verbal en el texto original. A esto debían prestar atención: a estar en guardia espiritualmente, para poder reconocer los primeros comienzos del peligro y poder resistirlos.

No debían olvidar el precioso ejemplo de amor que Pablo les había dado durante todos estos años. Anteriormente había hablado de forma similar a los creyentes de Tesalónica, y se comparó con una nodriza que acaricia a sus propios hijos y con un padre que exhorta y consuela a sus propios hijos (1 Tes. 2:7, 11). Y ahora, al final de su servicio público, recuerda a los ancianos cómo no había cesado durante 3 años, noche y día, de advertir a cada uno de ellos con lágrimas.

De hecho, estaba a punto de dejarlos. Pero les dejaba algo precioso: el recuerdo de su ejemplo de amor divino. Habían tenido el privilegio de dejarlo trabajar en ellos durante varios años. Había velado por cada oveja en particular, había instado a cada uno con lágrimas, noche y día. Este devoto siervo lleva mucho tiempo con su Señor y Maestro. Han pasado milenios, sin embargo, su sublime ejemplo nos sigue hablando hoy.

6.2 - Hechos 20:32

Cuando Pablo tuvo que despedirse de los ancianos, todavía había una cosa que podía hacer por ellos, y lo hizo: encomendarlos a Dios. ¿No fue eso lo mejor? ¿Y no es lo mejor que podemos hacer hoy, encomendar a Dios por medio de la oración a nuestros hermanos y hermanas que amamos y que pueden estar en peligro? Encomendar a alguien a Dios significa confiarlo a su cuidado y a su protección. Es notable

que el apóstol utilice aquí la misma palabra para «encomendar» que el Señor utilizó cuando «entregó» su espíritu en las manos de su Padre, es decir, lo «confió» en sus manos, lo «encomendó» (Lucas 23:46). ¡Qué sorprendente paralelismo nos presenta esto!

Pero Pablo no solo los encomienda a Dios, sino también a «*la palabra de su gracia*». Esto es muy notable. De hecho, necesitamos ambas cosas. Sin la ayuda de Dios, nos desanimaríamos rápidamente; sin la Palabra, perderíamos rápidamente la sabiduría y la guía divinas. Así que Dios y la Palabra de su gracia siempre van juntos. Y cuando Dios da a conocer su gracia, es a través de su Palabra. Si queremos conocer su gracia más de cerca, debemos buscar en la Palabra de su gracia. En el versículo 24 de nuestro capítulo tenemos una expresión similar: «el evangelio de la gracia de Dios».

Sobre la Palabra de la gracia se dicen 2 cosas: «... la cual es poderosa para edificaros y daros herencia entre todos los santificados». No está del todo claro si «quien tiene poder» se refiere a Dios o a su Palabra. Gramaticalmente ambos son posibles. Sin embargo, parece estar relacionado con la Palabra, no con Dios, como sugiere una cita de 2 Timoteo 3:15 en la que Pablo escribe lo siguiente a Timoteo, su hijo en la fe: «Desde la niñez conoces las Santas Escrituras, que pueden hacerte sabio para la salvación mediante la fe que es en Cristo Jesús». También aquí la acción espiritual se atribuye a la Sagrada Escritura.

Lo primero que dice nuestro texto sobre la Palabra es que tiene el poder de *edificar*. ¡Qué capacidad tan preciosa y bendita tiene la Palabra de Dios! Es capaz de *edificar* en nuestra fe. Esto es de suma importancia para el desarrollo espiritual de la vida eterna en nosotros. El crecimiento espiritual, la profundización de la confianza en Dios, el aumento de la fuerza en la lucha de la fe, el estímulo de la esperanza celestial, la intensificación de la devoción a Cristo –son algunos de los frutos que la Palabra de su gracia puede producir en nosotros.

Todavía hay algo que esta Palabra puede hacer: «... *daros herencia* entre todos los santificados». Una vez más, ¡una declaración sorprendente! La herencia celestial, según lo que se presenta aquí, es un don de la Palabra de su gracia. Ciertamente debe entenderse en el sentido de que los creyentes *gocen* de esta herencia por medio de la Palabra de Dios, y que pueden *gozar* ya hoy por la fe. La Palabra les familiariza con la herencia celestial, incluso antes de que la obtengan (1 Pe. 1:4), y muestra a quién pertenece: «A todos los santificados».

Los «santificados» son aquellos que son puestos aparte para Dios una vez por todas,

mediante la fe en Cristo y la operación del Espíritu Santo. Cuando el Señor glorificado envió a Saulo de Tarso con el mensaje de salvación a las naciones, entonces también relacionó la herencia con los santificados, y dijo de los que creerían: «... para que reciban el perdón de los pecados y herencia entre los que son santificados» (Hec. 26:18). Aquí se trata también de la santificación fundamental que tiene lugar al principio de la vida cristiana.

Así, la consideración del versículo 32 nos ha aportado un cúmulo de enseñanzas cuya importancia y valor no pueden ser sobreestimados. ¡Qué consuelo, para los días oscuros que Dios permanezca y que la Palabra de su gracia permanezca! Nada ni nadie puede dañar a Dios. En su providencia, él vela por su Palabra y la preserva para nosotros a pesar de todos los ataques del enemigo contra este baluarte. Solo nos queda alabar al Dios de toda gracia y, con todo nuestro corazón, glorificarlo por medio de Jesucristo nuestro Señor.

6.3 - Hechos 20:33-35

El pensamiento de que los santos esperan la herencia celestial lleva al apóstol, una vez más, a hablar del modo en que vivió y trabajó durante los 3 años en Éfeso.

«No he codiciado la plata, ni el oro ni los vestidos de nadie. Vosotros sabéis que mis manos han servido para mis necesidades, y para las de los que conmigo estaban. En todo os mostré que, trabajando así, es necesario socorrer a los débiles, y recordar las palabras del Señor Jesús, que él mismo dijo: Más dichoso es dar que recibir» (20:33-35).

¡En qué estado de ánimo celestial se encontraba este siervo del Señor! No había anhelo por las cosas terrenales, especialmente las que pertenecían a *otros*. Si nombra la plata y el oro y una prenda de vestir, es porque eran un signo de riqueza para los orientales. Nada de esto había codiciado. El ejemplo del apóstol es aún más digno de ser imitado por todos nosotros, ya que siempre ha existido el peligro de combinar el servicio al Señor con el atractivo de la ganancia. En la lista de rasgos morales que deben distinguir a los ancianos, encontramos 2 veces una advertencia contra el amor al dinero: «... no amigo del dinero» (1 Tim. 3:3), «... no codicioso de ganancia deshonesto» (Tito 1:7). Considerar la piedad como un «medio de ganancia» es algo absolutamente abominable a los ojos del Señor (1 Tim. 6:5).

Pero aún quedaba el lado positivo. Sus oyentes sabían que «mis manos han servido» para sus necesidades y las de las personas que estaban con él. Es como si les tendiera

la mano mientras dice esto, sosteniéndolas en alto para que puedan ver las marcas de su trabajo como fabricante de tiendas. En otro lugar había insistido en el mandato del Señor de que los que predicán el Evangelio deben vivir del Evangelio. Y también había explicado por qué él mismo no utilizaba este derecho (1 Cor. 9). Pero aquí, ante los ancianos de Éfeso, solo menciona el hecho de su forma de actuar, sin dar la razón. Solo quiere mostrarles y mostrarnos una vez más que «trabajando así, es necesario socorrer a los débiles» (Hec. 20:35).

En esta ocasión, piensa en una frase del Señor Jesús –aunque no aparezca en los Evangelios– que había quedado ante él como una línea de conducta que había intentado seguir: «Más dichoso es dar que recibir». Esta palabra, tan conmovedoramente ilustrada por el ejemplo del apóstol, debían ellos también guardarla ahora en sus corazones. *El propio* Señor Jesús la había pronunciado.

Ahora bien, esta palabra del Señor no significa que tomar o recibir no sea una bendición. Al contrario. Solo que dar es *más bendito* que recibir. También sobre este punto, el apóstol Pablo da un excelente ejemplo por el modo en que, estando preso en Roma, aceptó los dones que los creyentes de Filipos le habían enviado. Con gratitud, caracteriza estos dones como «perfume de buen olor, sacrificio aceptable, agradable a Dios» (Fil. 4:10-18).

Con una palabra de los labios del propio Señor Jesús, Pablo concluye su discurso: «Más dichoso es dar que recibir».

7 - La despedida (Hec. 20:36-38)

«Habiendo dicho esto, se puso de rodillas y oró con todos ellos. Todos lloraron; y echándose sobre el cuello de Pablo, lo besaban afectuosamente, doloridos sobre todo porque había dicho que no verían más su rostro. Y lo acompañaron hasta el barco» (20:36-38).

El discurso del apóstol había terminado. Sus últimas palabras fueron un recordatorio de la gracia que el Señor había desplegado, y que ahora iba a caracterizar a los suyos. ¡Qué apropiado es que Pablo termine su discurso con palabras de gracia de la boca del Señor Jesús!

Ahora se arrodilla y ora con todos ellos. ¡Qué oración debe haber sido esta! Hasta ahora había estado hablando con la gente, y ahora estaba derramando su corazón

ante Dios.

Muchas lágrimas fluyeron entre los amigos. Sus corazones se derramaban hacia su querido apóstol Pablo, y su corazón se derramaba hacia ellos, los objetos de su amor y ministerio. Todos se lanzaron a su cuello, cubriéndolo de besos. Estaban especialmente afligidos por la palabra que había pronunciado de que no volverían a ver su rostro.

¡Una salida sorprendente! Sin embargo, se resignaron a la voluntad del Señor y lo condujeron al barco que finalmente se lo llevó ante sus ojos –para siempre.

¡Una salida solemne! Había llegado el final de su actividad pública como apóstol de los gentiles. Pablo lo sabía. Aunque la sombra de la muerte se cernía sobre el resto de su camino, tenía la firme confianza de que su Señor y Maestro continuaría a conducirlo para gloriarse en él. Al final del camino veía la corona de justicia que el Señor, el juez justo, la daría como recompensa, no solo a él, sino a todos los que aman su aparición.

¡Solo a Dios sea la gloria!